

LA INDUMENTARIA, PODEROSA AUXILIAR DE LA HISTORIA  
Y DE LAS BELLAS ARTES

POR

MANUEL COMBA SIGÜENZA



**T**ODOS nuestros sabios historiadores y cuantos doctos arqueólogos han aclarado algún punto concreto de nuestra Historia, nos dan a conocer prolijamente documentados la epopeya de grandezas y conquistas que a través de los siglos constituyeron el pasado glorioso de nuestra Patria, avivando recuerdos halagüeños, remembrando desdichas y haciendo en todo momento resurgir en nuestro cerebro útiles enseñanzas, severas lecciones y, ante todo, el concepto claro de lo que representaban y valían aquellos esforzados varones que tan alto supieron colocar el augusto nombre de España.

Más en estas eruditas relaciones históricas, y en cualquier intrincada narración de los vetustos cricones, hay algo que, al describir una época, sólo se vislumbra con rasgos imprecisos que avivando el deseo de conocer de un modo real a los monarcas, los caudillos y a aquella raza viril que los secundaba en sus heroicas empresas, tal cual eran; y el de investigar su vida íntima, sus usos, sus costumbres, sus adelantos, sus aficiones, llegando a saber de ellos cuanto preciso fuera para poder apreciar las causas que motivaron muchos hechos históricos y no sin cierta respetuosa emoción hacer aparecer ante nuestras escrutadoras miradas a las hermosas infanzonas, ideal romántico durante tantos siglos de la caballerisca pléyade de guerreros que sólo peleaban por su Dios, por su Rey y por su dama.

No basta para esto las descripciones, que tanta ayuda prestan al estudio de la Indumentaria, encontradas aquí y allá en los cantares de gesta y en nuestro Romancero: cantares y romances “sin ningún orden, regla ni cuento de que la gente baja e de servil condición tanto se alegraba en la Edad Media y tan desdeñados después” por algunos “cultiparlantes” poetas del siglo XVII, ni los curiosos e interesantísimos datos que encontramos en las

novelas picarescas, avisos históricos, crónicas mundanas y nuestro teatro clásico.

Todo ello, con ser tanto, no nos muestra más que lo que nosotros podamos imaginarnos; el dato seguro, con el inconfundible y firme trazo de la verdad, ello sólo nos lo da el *complejo documento traje*, que nos muestra no sólo los gustos y la condición social de la figura o figuras que están con él representadas, sino su apostura habitual al andar y al moverse, por la relación lógica que existe entre el modo de vestirse y los movimientos naturales de la persona con determinada vestidura.



Dama del siglo XIV.

Si este ha tenido y tiene siempre una influencia cierta en el modo de ser físico de una raza, no puede negarse que las tendencias y las costumbres de una época recaen en su atavío.



Caballero del siglo XIV.

Basta conocer en todo su detalle la indumentaria de un reinado para apreciar de manera indubitable el carácter y gustos del monarca, sus tendencias y su mayor o menor grado de cultura, según si el vestido de sus súbditos es severo o ridículo, suntuoso o sencillo.

No tiene la desenvoltura ni el caminar un hombre que viste a la continua ropas talares y rozagantes que el que usa trajes cortos y ceñidos,

no es lo mismo el empaque y tiesura que da una amplia gorguera o una golilla que el desgaire osado de una valona sobre un colete y una ropilla respunteada, recamada con lomillos, carrujadores y requives y no fueron iguales la cultura y las aficiones de éstos y de los que vistieron las lujosas y amplias casacas, calzaron zapatos de trena con el tacón pintado de rojo, soportando sobre sus cabezas las enormes pelucas, entusiasmados de su aspecto encopetado y pretencioso.



Dama del siglo xv.

Toda la raigambre de los distintos hechos históricos están enlazados con el modo de ser de los usos y costumbres de los pueblos puestos en

relieve en los diversos ordenamientos y pragmáticas, dictado siempre y respondiendo al estado social de cada centuria, absoluto reflejo en todo momento del mayor o menor grado de adelanto en sus artes suntuarias, que es consecuencia, a su vez, de la fastuosidad de largas treguas, después de



Caballero del siglo xv.

brillantes conquistas; o la depresión que ejercía en el ánimo de la multitud al sentir la amargura de una derrota y las desgracias y horrores de revueltas continuas.

No es, pues, la indumentaria sólo el estudio de los trajes de la antigüedad<sup>1</sup>: las modas, los tejidos, la mayor o menor riqueza de todos estos,

el abuso de las joyas, la misma hechura de los vestidos... Todo eso que para muchos sabios sesudos parece cosa baladí, responden siempre a un determinado estado social y ello a una fase en la historia de los pueblos, cuya enseñanza en el transcurso de los siglos no puede desdeñarse.



Dama del siglo XVI.

Cuando todo ciudadano romano cubría su robusto cuerpo, después de la infantil toga pretexto con la toga "virilis", fueron grandes y poderosos dueños por sus esforzadas conquistas de inmensos territorios. Después vestidos con lujosos trajes oloséricos, olvidando la toga por los mantos de púrpura o bien de colores diversos, coronándose de rosas y entregados a la

molicie y al lujo más desordenado, dejáronse dominar por otros hombres oriundos de luengas tierras cubiertos de pieles, de enmarañados cabellos y largas barbas, con aspecto feroz, que conservaron cuando los reyes en su corte vestían suntuosas galas romanas y bizantinas solamente para dar guardia a éstos y como tradición de la pasada fuerza, dejándose someter



Caballero del siglo XVI.

luego, cuando habían perdido el hábito de la lucha, por aquellas audaces tribus del Islam que con sólo tres prendas en su traje y cuidando más de sus armas que de la indumentaria casi llegó a dominar nuestra Patria.

Recordando aquellos indomables guerreros que iniciaron heroicamente y continuaron la Reconquista, y estudiando su vestimenta en relieves, capiteles y ménsulas, los encontraréis siempre representados cual era su atuendo ordinario, cubiertos con el almófar y la pesada lóriga, brafoneras “e *pespunte e con capiello de fierro e espada, escudo e lanza, montando en sillas*



Dama del siglo XVII.

*coceras*<sup>2</sup>, en caballos encobertados, con sonajas e demás acceos<sup>3</sup> y si alguno de ellos fuesen de omes buenos que obieren pendones seguramente se nos mostraran con la loriga de acero colado “blanca como el cristal”<sup>4</sup> de sorti-

juelas bien acicaladas por los maestros acicaladores de dos ó tres dobleces, ó sea de dos ó tres series de mallas, con el almófar cubriendo la cofia guatada e froncida <sup>5</sup> para soportar el capiello de fierro coloreado” o el pesado



Caballero del siglo XVII.

yelmo, todo ello esculpido por los mazones o canteros, con una factura que acusa la rudeza de aquellos largos períodos de lucha en que los artistas parecían sentir la impaciencia de soltar pronto el cincel y el mazo para volver a empuñar la lanza y embrazar el escudo como todo buen peón

“sofrido en la guerra” de los de capiello pintado de azul o de rojo con su reborde reluciente y buenos “zapatos de vaca” para las marchas.



Dama del siglo XVIII.

Si, por el contrario, la obra escultórica o el código que estudiamos corresponde a uno de sus largos períodos de bienestar y de treguas en las que el continuo trato con los musulmanes y la misma sensualidad de los palacios de Córdoba y Sevilla después de su conquista trastornaban a los más sesudos “hombres” y a las más severas infanzonas en una especie de romántico

delirio de grandezas y de comodidades, tal vez ensoñadas por los unos en los breves descansos que el constante guerrear apenas les dejaba, y en el forzado retiro de sus castillos roqueros las nobles y las “fijasdalgo casadas”, admiraréis el lujo y la suntuosidad adueñada de todos, y viendo resurgir nues-



Caballero del siglo XVIII.

tras Cortes medioevales, tan caballerescas y gallardas, enamoradas de las trovas y de la música, en las que gustaban lucir los más costosos tejidos y ostentar las pieles más raras y diversas, seduciéndolos la bizarría de los apuestos donceles que sabían, a imitación de sus reyes, “bien fofordar y

cazar, y jugar tablas é escaques é de trovar muy bien é cantar vistiendo cotas ó cotardías blancas, verdes ó rojas, ó fresadas y fileteadas de tiras de armiño y ante <sup>6</sup> combinadas abiertas y lazadas al costado, sobre el hom-



Dama del siglo XIX.

bro izquierdo y sostenido por los gruesos cordones del fiador, el “manto caballeroso” grande y luengo “que non los había de traer otro ome de esta guisa sinon ellos” <sup>7</sup> calzando zapatos dorados sin ferpar <sup>8</sup> y los trajes, tal vez, a veces “un poco atrevidos de las buenas duennas casadas” velando el

exuberante busto con el imprescindible y amplio manto “ferpado é bastonado con aforros de “arminnos ó nutras”, privilegio del que sólo podían disfrutar las nobles, formando contraste por su lujo con las cándidas vestiduras de las doncellas, que por ir siempre con el pelo tendido a la espalda, sólo adornado por un aro de oro, sencillo tocado que en las del pueblo era de florecillas del campo, llamábanlas en todos los fueros y privilegios “mancebas en cabello ó *absconsas, escondidas*”<sup>9</sup>.



Caballero del siglo XIX

No hallaréis entonces ni aun por excepción a los monarcas a caballo dispuestos a la lucha, sino recreándose en la caza de cetrería o en su trono rodeados de los esplendores de su grandeza, vestidos de un *tartari*<sup>10</sup> muy noble y en la intimidad sentado “a la moruna” sobre ricos tapices del Oriente, en preciosos cojines de los más ricos tejidos de seda labrados en Almería, Granada, Málaga, Murcia o Zaragoza, valioso regalo de sus aliados los reyes musulmanes, conversando con sus embajadores o acompañado de sus más fieles servidores.

Podréis fácilmente estudiar a aquel rudo pueblo de sólido fervor religioso ávido de aprender leyendas maravillosas cuanto más prodigiosas más creídas o aquellas trovas milagreras y fascinadoras que cantaban por las estrechas calles los juglares acompañándose de la guitarra morisca o la vihuela de arco. Lo podéis estudiar en los relieves de los sepulcros, recibiendo limosna del príncipe de la Iglesia que allí yace, o yendo en las procesiones con los cirios de seis cabo entrelazados, pintados de amarillo o de rojo, o también en plática amorosa con sus mujeres, bien cubiertas y rozagantes, con sus tocas listadas y el brial desceñido, ocupadas en los menesteres de la labranza. En largas caravanas podréis ver a aquellos mismos nobles que habían triunfado en las batallas cumplir contentos la promesa hecha al Apóstol Santiago de visitar en Compostela su sepulcro e ir a pie, sufriendo las inclemencias del tiempo, calzando “zapatos redondos e bien sobresolados”, al costado la *calabaza* bermeja como pico de graja, las “*linajeras*” al hombro y sobre la esclavina grande sombrero redondo con mucha concha marina, bordón lleno de imágenes, en él la palma fina, esportilla e cuentas para rezar aina<sup>11</sup>, saludados a su paso por los obreros para arar ó cabar ó facer otras labores, como las denominaba en sus ordenamientos Don Pedro I”<sup>12</sup>. Los villanos en infurción, pagadores del tributo a su dueño y señor, según el fuero, vistiendo siempre por espacio de siglos largos sayos, plegados a la cintura por el cinto, del que pendía la bolsa de cuero con su frugal comida y un largo cuchillo muy agudo, de mango de madera y vaina pintada de rojo, para su defensa; unas veces encapuchados con un capote igual en su forma al bardo, “*cucullus* romano”, conservado como las abarcas a través de los tiempos y que aún perdura por algunos rincones escondidos

de la sierra entre los pastores y leñadores como la nota prenda de sus trajes, que por tradición desde los primeros tejidos del color obscuro de la lana han usado siempre, dando lugar a convencerlos con el remoquete de “pardillos”, que ellos, un poco huraños, a veces no los agrada.

Pasados los tiempos medioevales a que me he referido, por ser en los que, como en los primitivos, son más difíciles las investigaciones, nos muestra el Renacimiento sus esplendores, con el auxilio poderoso de las Bellas Artes, las exquisiteces del lujo y la evolución del traje en el período de los Austrias, siempre en armonía con la severa y ceremoniosa compostura de sus etiquetas, a los encopetados hidalgos de gran gorguera, inmortalizados en sus retratos por el Greco, y a los de golilla, popularizados con su pincel mágico por el gran Velázquez, como a meninas y dueñas, reinas e infantitas, con los guardainfantes y los jubones *degollados* con las valonas cariñanas.

Luego, en el siglo XVIII, vemos enseñorearse en nuestra España los fastuosos trajes de los últimos años de la Corte de Luis XIV, en la del Rey Felipe V de Borbón y en la de Carlos III, imprimiendo a su época este Monarca a Goya para admiración de todos los amantes del arte en sus tapices primero y después, en los comienzos del siglo XIX, en las espléndidas siluetas de nuestras mujeres, con las mantillas y los trajes de “medio paso”, y con su cáustico buril, en sus célebres aguafuertes, la evolución del traje al compás de aquella gloriosa epopeya de la Guerra de la Independencia.

Siempre en armonía con el carácter peculiar de cada reinado, desfila luego ante nuestros ojos, reflejándonos hasta en las revueltas políticas, los diversos trajes del último siglo, comenzando en las modas impuestas por la donosura y la elegancia de la Reina Gobernadora, Doña María Cristina, contrastando con las de los “lechuguinos” y cómicos: la mantilla de blonda negra triunfando siempre del sombrerito parisién y los trajes ahuecados hasta llegar a la exageración del miriñaque en el reinado de Doña Isabel II y más tarde los polisones con otras modas posteriores.

Si estuviese más extendido el estudio de la indumentaria en España nuestros errores de bulto en materias artísticas pudieran evitarse y no se daría el caso, siempre lamentable, de a veces asignar a una obra de arte,

cuyo origen se ignorase, una fecha reñida en absoluto con los trajes que visten las figuras allí representadas, copia fiel, como todos sabemos, aunque el asunto sea de los tiempos bíblicos, de los vestidos usados en la era en que se pintó o esculpió dicha obra.

No basta en los casos dudosos el análisis concienzudo de la técnica de una tabla o de un lienzo, con ser esto lo primero y más primordial, y el fijarse con detenimiento si está deteriorada.

La escultura, por su mucho más clara y conocida técnica, sobre todo en los siglos del XI al XV, de las que hay verdaderos arqueólogos, todos bien semejantes que poder consultar: las arquetas de reliquias, los frontales esmaltados, las de marfil o hueso, a más de las pequeñas figuras de Santiago y otras imágenes en azabache, deben siempre ser comprobadas también por la similitud del traje con otras de la misma época.

En toda investigación arqueológica el traje resurge revelador en cuanto aparece la figura humana. Todas estas manifestaciones del arte medioeval que se encuentran esparcidas por nuestros monumentos, o son preciado tesoro de catedrales y monasterios españoles, no tendrían más interés que el soberano del Arte y de la Arqueología si en ellos no estuviera como demostración palmaria de toda una época el traje con los mil detalles que le hacen objeto de detenido estudio.

Si se siente entusiasmo y se experimenta sensación estética por la obra de arte y por cuanto ella nos demuestra, hay que escrudiñar curiosamente los pormenores de ese traje, por ejemplo, fijándose si se trata de una tabla o de una efigie policromada en la que hayan intervenido los trazadores, imagineros, encarnadores, estofadores y doradores, en los bordados de su manto o de su túnica para averiguar, a fin de por el dictamen de un juicio objetivo, si son fiel imitación de las aplicaciones de terciopelo, perfiladas de oro o de plata en amplio y decorativo dibujo, que recuerda en su estilización el de los guadamaciles cordobeses o de oro batido extendido en placas donde van engarzadas perlas y aljófar, o si sólo han utilizado esos pequeños brillantes discos de oro, plata o acero bruñido con que las hermosas mujeres del Califato de Córdoba guarnecían las fimbrinas de su transparente "*gilalah*", que dio origen a la *gonela* castellana, o realzaban los

bordados de seda multicolores de su “*kamis*”, en la parte de encima de los pechos y en los bordes de sus anchas mangas, en las lujosas fajas que ceñían sus caderas, o en el amplio manto parecido a la *almalafa* y el *lozar* de las granadinas.

Estudiado el tocado y el traje atraerá las miradas diversas y características formas de sus joyeles, sintiendo el placer de admirar en algunos de estos la complicada y bella labor de filigrana de oro o plata, tan en boga hasta el siglo XIII y que aún perdura por tradición entre los maestros plateros de Salamanca, Murcia y Valencia; sus relieves un poco toscos, pero de arte exquisito, y los filetes granulados, repujados a maravilla.

Muchas de estas joyas que pregonan la fama en todas partes de muchos excelentes orífices de la Edad Media están realizadas por la aplicación de esmaltes incrustados y sobrepuestos que eran opacos o bien transparentes y fabricados en Santiago; y también las preciosas placas de vidrio que sujetaban por medio de orillas de metal sobre las piezas estampadas y soldadas, o con polícromos chantones encerrados en alvéolos de oro o plata avalorándolas con primorosos engarces de piedras grabadas en la época clásica, más que las piedras preciosas talladas algunas y las más solamente pulimentadas<sup>13</sup>.

Después de experimentar el goce de haberlos estudiado, seguramente se podrá apreciar con certeza por cualquiera de estos detalles la época en que las miniaturas fueron pintadas o la estatua esculpida o tallada.

Si unimos al conocimiento de la indumentaria el de las demás artes suntuarias, al encontrar campo más vasto a sus observaciones nos veremos sorprendidos la mayoría de las veces en los muebles, por nuevas y bellas formas renovadas ventajosamente por los maestros tallistas, carpinteros, imagineros y ferreteros que hacen recordar las antiguas grandezas de nuestras industrias artísticas, a las que tan eficaz auxilio prestaron los árabes con su civilización portentosa.

Todo ello referido a épocas menos conocidas y de más difícil calificación, demuestra la importancia de estos estudios para poder, con datos de una fuerza incontrastable, fijar con la mayor exactitud posible la fecha a que pertenece una obra de arte.

Tratándose de períodos que, como el Renacimiento y los siglos modernos, están pletóricos de documentación artística y literaria podría llegarse, una vez dominada en absoluto la documentación que esta clase de investigación exige, a poder señalar no el siglo ni el reinado en que la pintura o la escultura fue ejecutada, que para eso no es necesario grandes atisbos ni tampoco extraordinarias aptitudes cuando se trata de conocedores de arte que saben apreciar los estilos y la factura de cada autor, sino llegar a fijar con certeza casi el año en que han sido realizadas según la hechura especial del traje que visten la figura o figuras aquí representadas, las telas o cualquiera de esas modas pasajeras de color o de adornos que obedecían a determinadas circunstancias especiales.

## N O T A S

- <sup>1</sup> *Diccionario de la Lengua Castellana.*
- <sup>2</sup> Privilegios otorgados a Madrid en Fuero Real concediendo franquicias a los caballeros: 2 de septiembre de 1256, 5 de septiembre de 1261 y 1262.
- <sup>3</sup> *Poema del Myo Cid*, Cantar 39.
- <sup>4</sup> *Poema de Alejandro.*
- <sup>5</sup> *Poema del Myo Cid.*
- <sup>6</sup> *Ante.* Esta piel era de un animal llamado danta, de color pardo o negro, que por ser costosísima obligaban a cortar en pequeños trozos para combinarlos con el armiño.
- <sup>7</sup> Partida 14. Título XXI. Ley XVIII.
- <sup>8</sup> Ordenamiento de 27 de febrero de 1256.
- <sup>9</sup> Estas modestas florecillas dieron origen a las primeras coronas seráldicas, por haber hecho poner a los maestros orfebres, las doncellas nobles, sobre el áureo aro liso que de lejanos tiempos siempre llevaban flores de oro relevadas y cinceladas para no privarse del bello adorno de las doncellicas campesinas.
- <sup>10</sup> *Tartari*: Estofa muy rica que venía en sus orígenes de Tartana.
- <sup>11</sup> Libro del *Cantar de los Cantares*, del Arcipreste de Hita.
- <sup>12</sup> Cantar n.º 1179.
- <sup>13</sup> El diamante empezóse a tallar en Brujas por Luis Berguen en 1476.